

LA MUJER QUE ESTÁ EN LA SOMBRA

Se dice que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer. Era inevitable que detrás de una obra de la dimensión y calidad moral de *Manos Unidas* hubiera necesariamente un puñado de mujeres verdaderamente singulares, agrupadas en organizaciones que han sabido dar continuidad y consistencia a esa sabia existencia en la sombra. No es exagerado afirmar que, sin la certera visión que la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC) tenía acerca de los problemas más acuciantes del mundo y, en particular, de las mujeres, y sin la entusiasta iniciativa de una de sus organizaciones miembro en España, la de las Mujeres de Acción Católica, sería difícil entender la existencia y el desarrollo de *Manos Unidas*.

1. *La UMOFC o lo femenino antes que lo feminista.*

La UMOFC nació en 1910 como «federación al servicio de la Iglesia universal y de la comunidad humana, en la que tienen cabida las agrupaciones de mujeres católicas de todos los países, encuadradas o no en la Acción Católica oficial, cualesquiera que sean sus métodos de formación y apostolado con tal de que éstos estén aprobados por la Jerarquía»¹. Como ya se ha dicho más arriba, por los años cincuenta tenía una gran vitalidad, ya que en ella estaban encuadradas más de cien asociaciones de los cinco continentes, que, abiertas a las nuevas corrientes culturales y eclesiales, y preocupadas seriamente por la promoción de la mujer, mantenían un interesante intercambio con los teólogos que unos años más tarde iban a ser consultores cualificados del Concilio Vaticano II.

Como organización internacional no gubernamental, la UMOFC contaba con estatuto consultivo en el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (ECOSOC) y en organismos especializados, como la UNESCO, la OIT, la FAO, la UNICEF y el Consejo de Europa, en los que tenía representantes permanentes. Para el que era Secretario General de la Acción Católica Española por los años cincuenta, Alberto Bonet, esta presencia en dichos organismos internacionales era signo de gran madurez y sólidas convicciones: «No se trata de asambleas católicas —escribía en 1954, citando una intervención de la secretaria general, Mlle. Saint Maurice, sobre “La presencia y acción en los organismos internacionales”—, y su criterio está dominado por el dato positivo, por la técnica, sin atención y más bien recelo frente a toda posición doctrinal, católica o comunista. Surgen con frecuencia problemas graves, cuya solución puede producir efectos distintos, según los pueblos, y por ello exige del consultor o

¹ Documento oficial citado por Alberto Bonet en *La Internacional Femenina Católica, en Fátima. II La personalidad de la mujer*. Ecclesia, nº 673, 6/06/1954, pág. 11. El autor publicó tres artículos sobre la UMOFC en la referida revista, en los que pueden encontrarse interesantes datos históricos sobre esta federación de asociaciones.

consultora católicos una extremada prudencia y un profundo sentido del matiz»². Una presencia internacional, tan cualificada como la de estas mujeres, permitía a la Iglesia y a la asociación estar al día de los problemas vitales del momento.

Con vistas a la concentración que la UMOFC iba a celebrar en Fátima, la Junta directiva tuvo una reunión preparatoria en Madrid, en mayo de 1954, un año antes de que se hiciera público el famoso *Manifiesto* con el que se declaraba la guerra al hambre. Se encargó a las Mujeres de Acción Católica de España una ponencia sobre «La personalidad de la mujer», tema central del estudio emprendido, que culminaría en el Congreso Internacional de la UMOFC, celebrado del 29 de septiembre al 4 de octubre de 1957 en Roma. La personalidad de aquellas dirigentes de esta internacional femenina causó una honda huella a su paso por Madrid y Fátima, y el Congreso de Roma puso en evidencia su decidida voluntad de impulsar la promoción de la mujer. Pilar Bellosillo, que cuatro años más tarde sería elegida Presidenta de la UMOFC, al ser preguntada por las conclusiones del Congreso de Roma, afirmó:

«Llegamos al convencimiento de que es necesario formar la personalidad femenina para que pueda estar a la altura de su misión. Es algo que venimos haciendo hace años, pero ahora nos hemos afianzado en nuestro criterio y pensamos concretar más... Las mujeres del mundo entero necesitan una recia preparación religiosa, cultural, familiar, social y cívica para hacer frente a los problemas del mundo actual»³.

En el Congreso se había manifestado un modo de pensar que no admitía réplicas. Era necesario que la mujer se promocionara para que llegase a ocupar en la sociedad el puesto al que tenía derecho. Las palabras de la Presidenta Nacional de las Mujeres de Acción Católica de Italia, Carmela Rossi, fueron rotundas: la mujer debía tener la fuerza y disposición necesarias para expresar su pensamiento y realizar su misión, que no era sólo familiar, y mucho menos biológica, sino que se abría a la vida cívica en todos sus sectores: económico, político, administrativo... Para ello debía superar el sentimiento de minoría de edad o complejo de inferioridad y pasividad con que se habían conformado tantas mujeres durante tanto tiempo.

A propósito de estos planteamientos, Mary Salas, una de las protagonistas de aquellos años, ha escrito:

«Las reivindicaciones del congreso de la UMOFC a favor de una actuación pública de la mujer, que iban más lejos de lo que permitían las leyes de algunos países entre ellos España, llenaron de entusiasmo a las españolas presentes y las confirmaron en el camino que tímidamente habían empezado a recorrer dirigidas por Pilar Bellosillo. Fueron entonces bien conscientes de que sus planteamientos chocaban con los que regían en España y que su concepto de la misión de la mujer era distinto del sustentado por la Sección Femenina»⁴.

La convicción de que el camino emprendido por la UMOFC era acertado, se vio respaldada por el acontecimiento del Concilio Vaticano II. Éste supuso un nuevo impulso que intensificó su programa de trabajo para conseguir que las mujeres católicas fueran capaces de tomar su plena responsabilidad en la vida personal y familiar, en la vida social y en la Iglesia. Un nuevo Congreso Internacional celebrado en Roma en

² A. Bonet, *La internacional Femenina Católica, en Fátima. III Proyección internacional*. Ecclesia, nº 675, 13/06/1954, pág. 9.

³ *Senda*, junio 1957.

⁴ M.Salas – T. Rodríguez de Lecea, *Pilar Bellosillo...*, pág. 68.

1967, en torno al «Diálogo hombre–mujer»⁵, precedido por una encuesta a escala mundial sobre el grado de libertad que la mujer disfrutaba en el matrimonio, en la vida cívico–social y en la Iglesia, abrieron horizontes verdaderamente esperanzadores. En el mismo año, el III Congreso Mundial de Apostolado Seglar había pedido en una de sus resoluciones «que mujeres competentes sean incluidas en todas las comisiones pontificias; que mujeres calificadas sean consultadas en la revisión de los cánones que especialmente conciernan a las mujeres, con el fin de reconocer plenamente la dignidad de la mujer y dar a todas las mujeres mejores posibilidades al servicio de la Iglesia»⁶. La UMOFC hizo suya esta resolución e impulsó un grupo de trabajo sobre «La mujer en la Iglesia», que desembocó en un novedoso coloquio sobre «La mujer en la Iglesia y en el Derecho Canónico», celebrado en París los días 16 y 17 de abril de 1969, con la participación de ponentes muy calificados, como el teólogo Aubert (Estrasburgo), la profesora de filosofía Ivonne Pellé-Douel (Nanterre) y la canonista Hildegard Burgin-Kreiss (Suiza). Tal como recuerda Mary Salas, se hizo llegar un Memorandum a las instancias correspondientes del Vaticano, sin que se recibiera contestación⁷, aunque es preciso dejar constancia de que la nueva codificación canónica ha recogido algunas de las modificaciones que entonces se pedían.

Esta preocupación por lograr la promoción de la mujer y su reconocimiento social y eclesial ha sido programática para la UMOFC a lo largo de su historia. Un observador de excepción, por su formación y perspicacia como era el entonces secretario general de la Acción Católica Española, Alberto Bonet, escribía en 1954:

«La evolución de la personalidad de la mujer, característica de la época, puede suscitar entre las mujeres católicas una doble reacción: o bien la aceptación exagerada e inmedida de un feminismo excesivo, individualista o colectivista; o la reserva, el recelo y hasta la oposición, concretada en ideas y actitudes destacadamente conservadoras, estáticas, “tímidas y sin poder de captación en una sociedad que evoluciona”. “Con el fin de permitirles avanzar por el camino seguro —leemos—, la UMOFC juzgó necesario elaborar un ‘feminismo social católico’, síntesis que se concretó en cuatro etapas principales en los Congresos de Bruselas (1937), Roma (1947), Friburgo (1950), Roma (1952). Gracias a ese cuerpo de principios sólidos y claros, sancionados en 1939, 1947, 1952 por la aprobación del Sumo Pontífice Pío XII, las mujeres católicas del mundo entero pueden emprender audazmente las nuevas tareas que les imponen las inmensas necesidades de la vida moderna”»⁸.

Más adelante y en coherencia con estas preocupaciones, la UMOFC desarrolló un programa de educación liberadora, para lo cual constituyó un grupo de estudio e investigación denominado «Comisión de Educación de Adultos», que estuvo presidido por Mary Salas, responsable en España de los *Centros de Formación Familiar y Social* (más tarde llamados *Centros de Cultura Popular y Promoción Femenina*), promovidos, al igual que la Campaña contra el hambre, por las Mujeres de la Acción Católica. Las

⁵ Cfr. Mary Salas, *En un mundo nuevo, la mujer co-artífice de una humanidad nueva. La UMOFC celebra su XVI Congreso*. Ecclesia, nº 1.363, 28/10/1967, pág. 27.

⁶ VV.AA. *El pueblo de Dios en marcha*, Cuadernos para el diálogo, Madrid 1968. (Citado por Mary Salas, o.c., pág. 71).

⁷ M. Salas – T. Rodríguez de Lecea, o.c., pág. 75.

⁸ A. Bonet, *La Internacional Femenina Católica, en Fátima. II La personalidad de la mujer*. Ecclesia, nº 673, 5/06/1954, pág. 11.

diferentes actividades llevadas a cabo en este campo cuajaron en un Coloquio Internacional sobre la Educación de la Mujer, celebrado en Tourhout (Bélgica), los días 12-14 de octubre de 1970. Como entonces manifestó Pilar Bellosillo, en la introducción del Coloquio, se pretendía «reflexionar juntas acerca del nuevo tipo de hombre y mujer que se perfila en el mundo moderno y acerca del nuevo tipo de educación que se necesita. Porque la crisis del concepto de hombre lleva consigo la crisis de la educación. El objetivo primero de este Coloquio habrá de ser, por tanto, adquirir conciencia de este hecho como principal problema del momento histórico que nos ha tocado vivir»⁹.

En esta matriz, tan inequívocamente femenina como distante de la militancia feminista al uso, es donde se gestó y de la que nació nuestra Campaña contra el hambre en el mundo. La partera, que ayudó a la criatura a abrir los ojos a la vida, fue el movimiento de las Mujeres de Acción Católica, que acogieron el reto lanzado por el *Manifiesto* de 1955, y cuatro años más tarde iniciaban la Campaña en España.

2. *Las Mujeres de Acción Católica.*

El movimiento de Mujeres de Acción Católica era una de las cuatro ramas que constituía la estructura tradicional de la Acción Católica¹⁰. Los primeros intentos para organizar la acción confesional de los laicos católicos tuvo lugar a mitad del siglo XIX en los países de la vieja Europa y entonces predominó una clara motivación defensiva. En España se puso en marcha el asociacionismo de los católicos ante la arremetida anticlerical de la revolución de septiembre de 1868. Progresivamente el talante y actividades de la organización llamada Acción Católica —al principio con una estructura abierta, que englobaba diversas asociaciones e iniciativas, y más tarde identificada con una concreta asociación, cuya naturaleza se definió como «participación en el apostolado jerárquico» o «cooperación con la jerarquía en el apostolado»— ha recorrido un largo camino desde la acción defensiva a la intervención apostólica y la acción transformadora.

Las Bases de la Acción Católica española de 1931¹¹, inspiradas en las de la Acción Católica italiana, la estructuran en cuatro ramas de carácter unitario —hombres, mujeres, juventud masculina y juventud femenina— que, a partir de los Estatutos de 1959, constituirán la llamada Acción Católica General. En el año 1950, la Acción Católica Española se orienta en una dirección, que ha sido descrita como «*Pastoral del testimonio*». Se tiende a encauzar el apostolado de hombres y mujeres, inmersos en los ambientes de la sociedad y con claros principios cristianos, hacia la cristianización de las personas y de las estructuras mediante el ejemplo y la palabra¹². El despegue hacia la acción apostólica se había iniciado veinte años atrás, pero los trágicos episodios de la guerra civil torcieron inevitablemente el camino emprendido. Según José Manuel de Córdoba, un estudioso y destacado consiliario de la Acción Católica en los años del Concilio Vaticano II, en el quinquenio 1931-1936 se había realizado «algo sumamente

⁹ M. Salas – T. Rodríguez de Lecea, o.c., pág. 83.

¹⁰ Una descripción más pormenorizada del desarrollo de la Acción Católica en España, en P. Escartín Celaya, *Apuntes para la historia de la Acción Católica en España*, La Acción Católica Española. Documentos, Ed. A.C.E., Madrid 1996, pág. 151 ss.

¹¹ Para un conocimiento más pormenorizado del movimiento de Mujeres de A.C. antes de la guerra civil, vid. M. Salas Larrazábal, *Las mujeres de la Acción Católica Española 1919-1936*, Ed. ACE, Madrid 2003.

¹² Cfr. M. Benzo, *Las tres etapas de la Acción Católica*, Revista *Ecclesia*, 1964, pág. 185 ss.

improbable, una “emergencia” en el catolicismo español: precisamente aquella Acción Católica; la superación del confesionalismo político-religioso. El discurso de Herrera el 29 de junio de 1933 —“Un programa de Acción Católica”— revela el esfuerzo de la conciencia apostólica seglar para lograr el despegue de la Acción Católica desde el campo político, tradicional de la acción de los católicos, hacia el plano de lo apostólico seglar propiamente dicho, sin caer en lo estrictamente piadoso y ensamblado con las responsabilidades del apostolado social»¹³.

Las tendencias predominantes en la década de los cincuenta propician la especialización por ambientes. Ésta cuaja sobre todo en las ramas juveniles, que se estructuran como movimientos especializados, mientras que en las ramas de Hombres y Mujeres se mantiene una explícita orientación hacia los planteamientos de la Acción Católica General, coexistiendo, no obstante, con diversos movimientos especializados adultos. Por lo que se refiere al ámbito de las Mujeres nos interesa señalar la existencia de la HOAC femenina, el movimiento de Oficinistas (OMAC), los movimientos Urbano, Rural, de Maestras y de Graduadas. Pronto vamos a encontrar a estos movimientos en las actas del Comité Rector de la Campaña contra el hambre, formando parte del mismo como vocales, junto con los presidentes de la Junta Nacional y de las Mujeres de Acción Católica.

¿Cuál era el espíritu que animaba a la Acción Católica cuando se inicia la Campaña contra el hambre? Unas palabras del cardenal Plá y Deniel, arzobispo de Toledo y presidente de la Junta de Metropolitanos (todavía no existía la Conferencia Episcopal), pronunciadas en la toma de posesión del nuevo presidente de la Junta Nacional, Santiago Corral, que se produce al entrar en vigor los Estatutos de 1959, permiten rastrearlo. Así describió el cardenal la misión de aquella Acción Católica:

«La misión de la Acción Católica en el terreno social es llevar a Cristo a los que están alejados: es una tarea inmensa que tenemos que realizar en todas partes y que exige mucho empeño porque hay mucho que hacer. Vamos a seguir laborando en las obras sociales iniciadas. Esta tarea no depende de nosotros solos: se enmarca dentro de los problemas generales de la nación. Tenemos que situar grupos de apostolado en todas las esferas sociales para ver si cambia esta sociedad española, que se dice católica y que no acaba de poner en práctica la doctrina social de la Iglesia»¹⁴.

Con este espíritu no puede extrañar que las Mujeres de Acción Católica tuvieran arrestos para poner en marcha la aventura de secundar una Campaña contra el hambre en el mundo, convencidas de que la batalla podía ganarse. Feliciano Montero, un estudioso de la Acción Católica, ha analizado la implantación que ésta tenía en España en los años sesenta. Según él, «la vitalidad de la rama de Mujeres de A.C. era notable tanto por el número de militantes como por la implantación de movimientos especializados». Una estadística de 1960 arrojaba la cifra de 160.861 mujeres afiliadas a dicho movimiento. Otra, de 1964, más completa y fiable, contabilizaba 109.015 asociadas (42.270 militantes y 66.745 adheridas), distribuidas en 63 consejos diocesanos y 2.550 centros. Por su parte, la HOAC femenina estaba constituida en 47 diócesis, con 1.268 militantes y 1.027 adheridas, distribuidas en 121 centros; las

¹³ J. M. de Córdoba, *Notas para una posible historia de la Acción Católica Española*, Revista Pastoral Misionera, 1969, 6, pág. 91-92.

¹⁴ Revista *Ecclesia*, 19 (1959), pág. 738.

Oficinistas (OMAC) estaban presentes en 18 diócesis, con 26 centros y 2.000 asociadas entre militantes y adheridas; y las Graduadas, en 13 diócesis¹⁵.

Finalmente, hay que dejar constancia de una obra que nace a la par —año 1959— de la Campaña contra el hambre del seno fecundo de las Mujeres de Acción Católica: los *Centros de Formación Familiar y Social*, que después recibieron el nombre de *Centros de Cultura Popular y Promoción Femenina*. Desde el principio tuvieron el carácter de entidades de educación de adultos en un sentido moderno; entidades educativas con el objetivo de preparar a las mujeres de los medios populares para que fueran capaces de estar a la altura de las exigencias de una sociedad en mutación. Tenían como objetivo lograr mujeres libres y responsables, esposas capaces de comprender, madres mejores, consumidoras avisadas, amas de casa más eficaces, ciudadanas conscientes y cristianas por elección¹⁶. Los *Centros*, objetivo interno de la Campaña durante varios años, han sido un vivero fecundo de intervención en el tejido social para hacer penetrar las convicciones básicas que *Manos Unidas* considera necesario promover en la sociedad española.

En esta tierra, descrita a grandes rasgos, fue sembrada la semilla de la Campaña contra el hambre, y puesto que era tierra fecunda, la semilla germinó y viene dando fruto. Aunque la UMOFC tenga en la actualidad dimensiones más humildes que hace medio siglo y la presencia de la Acción Católica no sea tan absorbente como en los primeros tiempos, sin el espíritu y la iniciativa de ambas organizaciones no sería posible hablar hoy de *Manos Unidas*. Ese espíritu, enriquecido con la valiosa aportación de un nuevo voluntariado, sigue vivificando esta asociación elegida por la Iglesia para luchar, en su nombre, contra el hambre y el subdesarrollo.

3. *Quién es quién en Manos Unidas.*

Las obras no son las personas, pero necesitan el aliento personalizado de quienes, en un momento concreto de la historia, son capaces de afrontar la responsabilidad de iniciar o dar continuidad a un proyecto, una intuición o tal vez un sueño nacidos del fondo solidario y generoso que Dios ha depositado, como imagen suya, en el corazón de los seres humanos.

De esa *mujer que está en la sombra* de esta gran obra, emergen algunos nombres concretos, que en absoluto agotan el protagonismo de la organización, pues ¿qué hubieran podido hacer sin la colaboración entusiasta de varios miles de mujeres, que de cerca o de lejos han secundado las múltiples iniciativas realizadas en estos cincuenta años? Pero es imposible (y al lector tal vez le resultase tedioso) sacar de las sombras a tantas protagonistas. Estoy seguro de que muchas de ellas, fieles al principio evangélico de la caridad, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, tampoco lo desean. Pienso, pues, que debo resistir la tentación de citar tantos nombres beneméritos en los trabajos de esta asociación, pero que he de dar noticia, aunque sea escueta, de las sucesivas Presidentas del Comité Ejecutivo, que en cada época de esta pequeña/grande

¹⁵ Vid. F. Montero García, *La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica especializada*. Ed. UNED, Madrid 2000, pág. 249-257. Los datos referidos a 1964 están tomados del informe de las Mujeres contenido en la *Memoria ACE, 1963-64*, pág. 28-48.

¹⁶ Cf. Mary Salas – Teresa Rodríguez, *Pilar Bellosillo*, pág. 45-51.

historia han cargado con la responsabilidad de organizar y gestionar el trabajo de *Manos Unidas*.

Mary Salas Larrazábal (1959)

Mary Salas es licenciada en Filosofía y Letras, periodista y experta en educación de adultos. Su firma es familiar para los lectores de *Ecclesia*, *Vida Nueva*, *Signo* y otras revistas de información centrada en la vida de la Iglesia. A lo largo de su vida ha puesto lealmente su saber, entender y hacer al servicio de la evangelización favoreciendo el encuentro de la fe con la cultura y la sociedad de su tiempo. Su itinerario apostólico arrancó de la Acción Católica y se desarrolló en la Acción Católica, de la que fue dirigente nacional durante más de veinte años. Estrecha colaboradora de Pilar Bellosillo en el movimiento de Mujeres de Acción Católica y en la UMOFC, fue la encargada de iniciar en España la Campaña contra el hambre. En su calidad de Vicepresidenta del Consejo Superior de las Mujeres de Acción Católica, promotor de la Campaña, tuvo la oportunidad de intervenir en todas las deliberaciones y decisiones que se tomaron al respecto.

En aquellos años cincuenta, el problema del hambre en el mundo no le era ajeno, pues reconoce que «estaba ya sensibilizada sobre los problemas del Tercer Mundo, acerca de los cuales había leído en diferentes medios. Además, de dichos problemas habíamos tratado en una Residencia Universitaria de la que era Directora».

Su trabajo al frente de la Campaña fue corto. La Presidenta Nacional de las Mujeres de Acción Católica, Pilar Bellosillo, pidió a Mary que, como Vicepresidenta de la asociación, se hiciera cargo del proyecto impulsado por el *Manifiesto* de la UMOFC de 1955. Su cometido principal fue ayudar, en el año 1959, a que los otros estamentos eclesiales, en especial Cáritas, aceptaran esta nueva colecta. «Después de algunas resistencias —recuerda— se llegó a un acuerdo: en este primer año la Campaña contra el hambre no haría colecta, pero sí campaña de sensibilización, y a cambio de esta renuncia, Cáritas le entregaría 500.000 pesetas de su recaudación». Para la campaña de sensibilización se publicaron, especialmente en los periódicos de la Acción Católica y en la revista *Ecclesia*, diversos artículos presentando la finalidad y los objetivos de esta nueva iniciativa; muchos de estos artículos se deben a la pluma de Mary Salas, así como un folleto titulado *El hambre en el mundo*, que se publicó en la colección de folletos que entonces editaba PPC. Pero inmediatamente Pilar Bellosillo le encomendó la responsabilidad de los *Centros* y Mary tendrá que dejar en otras manos la responsabilidad de la campaña escasamente iniciada.

No fue difícil encontrar quien acogiera y alentase la criatura recién nacida. Las dirigentes de Acción Católica tenían muy claro que era responsabilidad suya acoger los requerimientos y llamadas de Dios, que llegaban por medio de las circunstancias de la vida en las que habían aprendido a escuchar su voz. Igual que Mary estuvo presta a iniciar esta aventura, inmediatamente hubo otra persona dispuesta a poner en marcha el motor que le debía dar impulso y vitalidad.

Josefina Martín Sampedro (1960 – 1965)

Ésta fue Josefina Martín Sampedro, cariñosamente conocida como «Josefita» y miembro activo de las Mujeres de Acción Católica. Algunos cronistas la señalan como

la primera responsable de la Campaña española contra el hambre, debido seguramente a que el paso de Mary Salas había sido tan rápido que escasamente asistió a la criatura en el momento del parto. No es, pues, inexacto decir que Josefina es quien consiguió que el motor que acaba de ponerse en marcha no se parase. A esta abulense se la recuerda como una fina escritora, que llegó a sacar a la luz una novela. Pero, sobre todo, su memoria esta vinculada a la difícil tarea de los promotores: remover la conciencia de los españoles ante la injusticia del hambre, promover el día del ayuno voluntario como gesto de solidaridad con los que no tienen qué comer, organizar las primeras acciones y la incorporación de quienes empiezan a sensibilizarse con la Campaña, cuando todavía era sólo un pequeño grano de mostaza. A pesar de su decisivo trabajo como pionera de la Campaña en España, pasó tan silenciosamente que ha sido difícil encontrar testimonios sobre su persona, y mucho más, datos documentados sobre su actuación. Pero en la asociación se asegura que su nombre y sus pasos por este mundo están escritos en el libro de la vida.

M^a Dolores Gibert de Gállego (1966 – 1976)

Catalana, madre de dos hijos y afincada en Madrid por su matrimonio con un periodista de renombre, María Dolores era también periodista. Se la recuerda como una mujer entregada, efectiva en su gestión y profundamente concienciada del problema del hambre en el mundo. En sus particulares confesiones encontramos esta confidencia: «La Campaña me ha creado un profundo sentimiento de responsabilidad personal porque resulta muy fácil echar la culpa a los gobiernos y a las estructuras, olvidando que los gobiernos están formados por hombres. Mientras los hombres no cambiemos, mientras no nos escuchemos más que a nosotros mismos, nada cambiará. Y lo grave es que puede y tiene que cambiar»¹⁷.

A ella se debe la primera estructuración operativa de la Campaña con sentido de futuro y con un dinamismo entusiasta. La enumeración de las siguientes realidades, debidas en gran medida a su iniciativa, puede dar idea del peso que tuvo su trabajo al frente del Comité Ejecutivo para el futuro de *Manos Unidas*. En primer lugar, hay que recordar que fue ella quien constituyó dentro de la Campaña un equipo de trabajo eficaz y plenamente identificado con los fines que se querían conseguir. También fue ella quien organizó las Delegaciones Diocesanas, sin las cuales a la Campaña le hubieran faltado las manos con las que alcanzar hasta los últimos rincones de la geografía española. Un instrumento de cohesión entre las Delegaciones y los comités que gestionan la Campaña, a la vez que escaparate para dar a conocer acciones y preocupaciones ha sido el Boletín trimestral, que ella inició un año después de haberse hecho cargo de la presidencia del Comité Ejecutivo. Sus buenas relaciones con la Procura Jesuítica de la India le llevaron a conocer de cerca aquella realidad y a orientar hacia las urgentes necesidades de aquel inmenso país los objetivos de la Campaña en un primer momento.

Su compromiso personal creó estilo y abrió la Campaña a la opinión pública española: en sus dos viajes a la India logró ser acompañada por reporteros de Televisión española con el fin de informar aquí sobre lo que sucedía allí; gracias a sus atinadas gestiones con las autoridades fue posible realizar en Toledo la edición española de la Marcha Mundial de Solidaridad, que sería el germen de otras manifestaciones públicas

¹⁷ Testimonio transmitido por María Teresa Arias en *Boletín Manos Unidas*, nº 90, pág. 18.

sobre las que se da cuenta en estas páginas; para el lanzamiento de las campañas anuales promovía una semana de conferencias a cargo de relevantes personalidades que con sus intervenciones contribuyeron a despertar el interés y a dar prestigio a la Campaña.

María Dolores fue nombrada para representar a la Campaña contra el hambre en el Consejo Pontificio «Cor Unum» por un período de cinco años. Puesto que los consultores de este organismo son nombrados a título personal, aunque representen a significadas organizaciones promotoras de la solidaridad y de la lucha contra el hambre, este nombramiento evidencia la confianza depositada por la Santa Sede en la persona de María Dolores, al igual que en la de las otras presidentas que después han recibido ese mismo nombramiento.

Después de diez años de intenso trabajo, dejó el testigo en manos de Pilar Villar, quien culminará el trabajo organizativo logrando el reconocimiento de la personalidad jurídica de la Campaña. María Dolores supo llevar hasta los umbrales de la mayoría de edad la criatura que había acogido cuando empezaba a dar sus primeros pasos. Desde la casa del Padre, donde seguro que tenía reservado ese hermoso lugar prometido a los que dan de comer al Cristo-hermano que tiene hambre, no podrá menos de seguir alentando ahora también la vida de *Manos Unidas*.

Pilar Villar de Díaz (1976 – 1982)

Poco se va a decir en estas páginas de Pilar Villar, a quien se la recuerda como mujer alegre y entusiasta, que ha trabajado muy activamente en *Manos Unidas* durante 26 años. Y no porque no haya materia (ochenta años largos de vida activa y entregada a los demás dan mucho de sí), sino porque ella prefiere «el silencio y el poco trabajo (en Entreculturas) en que todavía puedo ser útil». Al cronista no le queda más remedio que respetar este legítimo deseo de ocultación. Aunque esto no le impida echar mano de los recuerdos que esta protagonista hizo públicos cuando se cumplía el 40º aniversario de *Manos Unidas*. Con ellos bien se puede hilvanar al menos un esquema de lo que fue su trabajo al frente del Comité Ejecutivo durante seis años.

En el primer trienio de su mandato (1976–1979), la Campaña contra el hambre consiguió institucionalizarse. Tal como se explicará más adelante, lo que venía siendo una acción, benemérita sin duda pero polarizada en obtener unos recursos económicos para impulsar proyectos de desarrollo, supo convertirse en un sujeto jurídico, con nombre propio y vocación asociativa. Fue entonces, año 1978, cuando la Campaña empezó a denominarse *Manos Unidas*, adquirió personalidad jurídica y se configuró como asociación, si bien el primer Estatuto de esta nueva asociación no fue aprobado hasta 1981.

En el segundo trienio (1979–1982), Pilar, liberada del árido quehacer burocrático que supuso la institucionalización, pudo dedicarse con ahínco a promover el espíritu que dotaría a *Manos Unidas* de un estilo y una proyección entonces insospechadas. Es en este tiempo cuando se pone con decisión el dedo en la llaga del subdesarrollo. Porque la existencia del hambre en nuestro mundo no puede menos de poner de manifiesto la urgencia de una nueva ordenación de los recursos, de los criterios de producción y consumo y, en definitiva, del modo de vivir. «*El Tercer Mundo pide un Nuevo Orden Internacional*» fue el lema de la XXI Campaña contra el hambre, en 1980. Fue un riesgo decir a los satisfechos habitantes del Primer Mundo que tenían arte y parte en el problema del hambre, puesto que no lograban ser parte de su solución. Pilar Villar lo intentó y reconoce que mereció la pena. Bastantes años después, en 1997 exactamente,

se iniciaría la publicación de los «*Folletos Manos Unidas*»; a ella le correspondió, en cierto modo por méritos contraídos, el honor y la satisfacción de escribir el folleto número cero, que bajo el título «Una historia de solidaridad. Manos Unidas y la ayuda al desarrollo» ha constituido un pequeño manual de lo que ha querido ser esta organización a lo largo de los años.

Reconozcamos con ella y usando sus propias palabras que «la trayectoria de la Campaña contra el hambre y de *Manos Unidas*, con sus luces y sus sombras, ha estado siempre en un camino de búsqueda hacia un mundo “*movido y compenetrado por Dios en la totalidad de su evolución*” (Teilhard de Chardin)».

Isabel de Felipe Boente (1982 – 1984)

Isabel ha sido una mujer de *Manos Unidas* por convicción, pero también por tradición familiar. Su madre fue Delegada Diocesana de Madrid y su hermana Ana, presidenta del Comité Ejecutivo entre 1990 y 1997. Su vinculación personal con *Manos Unidas* comienza en 1966, cuando el papa Pablo VI pidió ayuda para hacer frente a la hambruna de la India. Acababa entonces de regresar de este país con su madre y su hermana; allí habían conocido la labor de los misioneros jesuitas apoyados por la Campaña contra el hambre. Al regresar a España y recibir la llamada de la Campaña, ofrecieron su apoyo. Poco después, la entonces presidenta, M^a Dolores Gibert, le dio la posibilidad de incorporarse como voluntaria al Comité Ejecutivo y, desde entonces, perteneció al mismo hasta 1992. Reconoce que su compromiso con el Tercer Mundo, tanto en *Manos Unidas* como en la actualidad, ha estado motivado por su sensibilidad misionera, por el viaje que realizó a la India con 19 años de edad, que le impactó profundamente, y, en definitiva, por «mi motivación religiosa, ética y moral de ayudar a los más necesitados a través de un desarrollo sostenible».

Isabel es madrileña, doctora en Ciencias Económicas y Empresariales y profesora de la Universidad Politécnica de Madrid, donde dirige trabajos de fin de carrera y tesis doctorales a alumnos que desean profundizar en los problemas del desarrollo. Es también miembro del Consejo Asesor de Cooperación de dicha Universidad y coordinadora de un grupo de cooperación, PRODECAM, que agrupa a profesores y alumnos para realizar proyectos en varios países en desarrollo. Su tesis doctoral, defendida en 1981, versó sobre «*El papel del ser humano en la ayuda al desarrollo. Las Organizaciones No Gubernamentales de ayuda al Tercer Mundo*». Fue la primera que se hizo en España sobre estos temas y en el capítulo que dedicó a *Manos Unidas* tuvo la oportunidad de confirmar los principios teóricos que defendía con la praxis que le proporcionaba su experiencia en esta organización.

En *Manos Unidas* ha pasado por casi todos los departamentos, coordinó el trabajo con los grupos de jóvenes, organizando marchas, charlas, diseño de folletos y carteles, etc. Uno de aquellos carteles lo encontró, años más tarde, en una pequeña capilla de Perú, junto al lago Titicaca y, naturalmente, fue emocionante. Entre los años 80–90 coordinó los proyectos del grupo de América. Su mejor recuerdo de *Manos Unidas* es el relacionado con los proyectos, porque le permitió entrar en contacto con los responsables de los mismos, recibirlos en la sede central y visitarlos en sus países. «Ha sido una experiencia impresionante que me ha marcado para toda la vida», reconoce.

Durante el corto período de su mandato de presidenta, realizó lo que ella misma califica como una tarea «de consolidación y despegue: se fijaron una serie de objetivos,

entre ellos impulsar una mayor concienciación de la sociedad española sobre la necesidad de apoyar los proyectos de desarrollo en el Tercer Mundo, ampliar las relaciones con los medios de comunicación y mejorar la gestión interna de la organización». Creó una comisión de expertos para mejorar la gestión y evaluación de los proyectos; se empezó a publicar en el Boletín la relación nominal de los proyectos con sus responsables, contenido y presupuesto; entró en contacto directo con los párrocos de todas las diócesis españolas para agradecer el apoyo que *Manos Unidas* recibía de las parroquias; se rodó una película en los tres continentes —América, África y Asia— destinatarios de los proyectos, que luego fue emitida por el programa «Informe Semanal» de TVE, con gran impacto en la audiencia; se realizó una exposición fotográfica en el Metro de Madrid con notable éxito; y en 1984 le cupo la satisfacción de celebrar las *bodas de plata* de *Manos Unidas* bajo la presidencia de Su Majestad la Reina Doña Sofía.

«Me siento muy satisfecha —concluye— de que mi trabajo ha tenido y tiene una continuidad con el paso de la antorcha a otras generaciones que necesitan adaptarse a los nuevos retos de nuestra sociedad, cuyos fines se mantienen, pero con instrumentos y medidas de acción adaptadas a los nuevos tiempos».

Carmen de Miguel Rivas (1984 – 1990)

Carmina es como se llama, en los círculos de la Acción Católica y de *Manos Unidas*, a esta mujer nacida en Córdoba. Formó parte de la Acción Católica desde su juventud en responsabilidades parroquiales y diocesanas. Cuando llegó a Madrid, mantuvo su vinculación apostólica y pronto pasó a formar parte de la Comisión Nacional de las Mujeres de Acción Católica. Desde allí es como entra en contacto con *Manos Unidas*, al participar del Comité Rector en representación de su movimiento apostólico. Recuerda que ya formaba parte del Comité Rector cuando se decidió llamar «Manos Unidas» a aquel Comité Católico de la Campaña contra el hambre.

Su temple apostólico y solidario le llevó a trabajar también en los campos de la rehabilitación de drogadictos y de un incipiente voluntariado de pastoral penitenciaria.

Ella dice que, en 1985, al cesar Isabel de Felipe antes de que concluyera su mandato, los Obispos le pidieron que aceptase ser candidata a la presidencia de *Manos Unidas*, pues la organización no había tenido tiempo de preparar la sustitución de Maribel. Muchas Delegadas Diocesanas, vinculadas entonces a la Acción Católica, no dudaron en proponerla. Ella reconoció ante la Asamblea, con la honestidad que le caracteriza, que no traía un programa de trabajo, lo cual, piensa ella, que le restó algunos votos, pero hubiera sido presuntuoso ofrecer un programa llevando como llevaba algo de tiempo desvinculada de la organización. Así empecé —reconoce— seis años y pico de trabajo como Presidenta, con mucho esfuerzo y entusiasmo.

De su paso por la presidencia de *Manos Unidas* recuerda varias cosas. En primer lugar, que durante su mandato se produjo la adhesión de España a la Unión Europea, lo que abrió unos cauces hasta entonces inimaginables para la cooperación internacional. La opinión pública y los políticos reconocieron la labor de las ONGs dedicadas al desarrollo, lo cual se tradujo en aportaciones económicas y en una mayor relación y presencia de los proyectos de desarrollo en los planes de los gobiernos. El mismo día en que España entraba a formar parte de la Unión, Carmina firmaba el primer proyecto de cofinanciación para el desarrollo propuesto por España. Nuestra presencia —sigue

diciendo Carmina— dio un fuerte empujón al conocimiento y financiación de programas para América Latina, ya que hasta entonces los miembros de la Unión centraban su atención en sus antiguas colonias.

También recuerda que se incorporó a las reuniones que realizaba un grupo de seis o siete ONGs, las únicas que había —advierde—, con la idea de poner en marcha lo que luego fue la Coordinadora española de ONGs para el Desarrollo. Pronto se produjo —comenta— el *boom* de las ONGD a cuenta de la posibilidad de obtener fondos europeos y españoles; entonces se comprobó lo acertado que había sido organizar un organismo que nos coordinara. Manos Unidas siempre ha estado, con gran dedicación, en este trabajo común formando parte de las sucesivas Juntas de Gobierno de la Coordinadora; yo he sido tesorera y vicepresidenta.

Según iba creciendo la organización se vio más necesario disponer de una sede en propiedad y no en alquiler como hasta entonces. Se compró, por fin, un piso en la calle Barquillo, número 38, que pronto quedó pequeño y tuvimos la suerte de poder comprar otro en la misma finca que, unido al primero, forman la actual sede de *Manos Unidas*.

Con la ayuda desinteresada del notario José M^a de Prada se prepararon los Estatutos que serían aprobados en 1993. Recuerdo a Don Victorio Oliver, entonces Obispo-Consiliario de la Acción Católica y, como tal, Presidente del Comité Rector, que me ayudó muchísimo tanto a nivel personal como institucional. También se inició por entonces la informatización de las oficinas con la ayuda técnica y desinteresada del Banco Popular.

Durante el mandato de Carmina se incrementaron las visitas de las Delegadas Diocesanas a los proyectos, así como de algunos periodistas, para que conocieran y divulgaran la labor que se estaba realizando. Y se impulsaron los concursos para que los escolares conocieran y se interesaran por los problemas del Tercer Mundo.

Por fin —añade Carmina— quise que, antes de dejar la presidencia y dado el volumen de ingresos que estaba alcanzando la Campaña, se realizase una auditoría con el fin de dejar todo muy claro al nuevo equipo. «Esto es todo lo que recuerdo y se puede escribir, porque lo que no se puede transcribir es la cantidad de personas maravillosas que conocí durante esos años en todos los rincones del mundo».

Ana de Felipe Boente (1990 – 1997)

Ana de Felipe pertenece a una familia muy vinculada con la labor de *Manos Unidas*, desde que, teniendo ella trece años, viajara a la India, como ya se ha dicho, con su madre y su hermana Maribel. Esto ocurría en 1964; desde entonces colaboró más o menos esporádicamente con la Campaña hasta que en 1985 asume una colaboración tan intensa que le lleva a plantearse si va a ejercer su profesión de economista o dedicarse completamente a *Manos Unidas*. Animada por su marido, que le hace ver que «era un privilegio poder elegir a qué dedicar mi tiempo y mi vida», elige el camino de esta asociación, en la que trabajará en Educación para el Desarrollo, pronto será vicepresidenta y en noviembre de 1990 accederá a la presidencia del Comité Ejecutivo. Es elegida con una notable unanimidad y muy pronto se dejará notar su empuje, su capacidad organizativa y su decidida voluntad de aplicar a *Manos Unidas* modernos modelos organizativos.

En otro lugar de este libro se narran acontecimientos con amplia resonancia en la vida de la asociación, acaecidos durante su mandato. En este apunte biográfico nos limitamos a señalar algunos datos, no por más anecdóticos, menos importantes, que ponen de manifiesto el talante de esta Presidenta, que, antes de concluir su responsabilidad en este cargo, también fue nombrada miembro del Consejo Pontificio «Cor Unum».

En la primera reunión del Comité Rector después de su elección, ya propuso enviar una carta, tipo mailing, dirigida a todas las personas que colaboraban con *Manos Unidas* para que la distribuyeran entre sus amistades con el fin de aumentar el número de socios. El acierto de la iniciativa se vería confirmado por un exitoso crecimiento de socios que tuvo lugar durante los años siguientes. Aún no llevaba un año en la presidencia, cuando Su Majestad la Reina Doña Sofía visitó la sede de *Manos Unidas*. Ana continuó con ahínco las gestiones para conseguir la declaración de utilidad pública a favor de la asociación y tuvo la satisfacción de ver alcanzada esa meta que hasta entonces siempre había encontrado obstáculos en el camino.

También se logró alcanzar un acuerdo ventajoso para la incorporación de *Manos Unidas* al CIDSE como miembro de pleno derecho, incorporación que fue considerada muy interesante, porque permitiría «participar en sus reuniones tanto de educación para el desarrollo como de loby y otras relacionadas con los países y temas del Tercer Mundo». Mantuvo unas relaciones extraordinariamente fluidas con los medios de comunicación y, con un acertado sentido práctico, promovió la elaboración de una especie de «vademecum» para ser distribuido entre las Delegaciones de *Manos Unidas*, con el fin de facilitar sus intervenciones en los *medios* locales exponiendo adecuadamente los temas de mayor interés para los periodistas. En estos años, los apoyos para presentar la candidatura de *Manos Unidas* al premio «Príncipe de Asturias» fueron cuantiosos y reiterados —más de trescientos apoyos procedentes de treinta y tres países— y, aunque no lograran la meta que se proponían, expresan fehacientemente el gran aprecio que los promotores de la candidatura le profesaban.

La tendencia hacia la profesionalización de nuestra ONG es una meta que esta Presidenta no oculta, sino que justifica en los crecientes retos con los que se enfrenta la asociación y en la demanda de personal especializado para el área de educación para el desarrollo. Los compromisos que se van adquiriendo con la Universidad y con otros ámbitos educativos, donde es requerida la experiencia de *Manos Unidas*, avalan tal orientación. Además, los números cantan y la inversión en un personal contratado bien escogido e identificado con el pensamiento de la asociación resulta rentable.

Pero este mismo crecimiento suscitará reticencias en diversas Delegaciones, abonando un principio de confrontación entre dos modos de ver y gestionar la tarea de *Manos Unidas*. Por otra parte, la ayuda a algunos proyectos pastorales, repetidamente denegada, constituirá uno de los temas más espinosos con los que esta Presidenta tuvo que enfrentarse. Tras dos mandatos reglamentarios, deja la presidencia en medio de un doloroso desencuentro dentro del seno de la Asamblea que debía elegir a su sucesora.

Sin embargo, en el balance de su gestión hay mucho de bueno y positivo: «Se hicieron muchas cosas —reconoce ella misma—, por lo que hubo aciertos y equivocaciones. (...) Fueron años intensos. (...) Personalmente fue una de las mejores etapas de mi vida. (...) Entre otras cosas, en esta etapa, se reforzó en gran medida los recursos humanos, tanto voluntarios como contratados, y se mejoró su formación. (...) Al volverse más complejo y específico el trabajo y ser muy difícil encontrar voluntarios que lo asumieran, por la disponibilidad o por la preparación concreta que requería esa

tarea, se contrataron profesionales que lo pudieran llevar a cabo. Estas personas comparten plenamente los fines y criterios de la organización, y muchas de ellas han contribuido especialmente con su labor, a la actualización y presencia de Manos Unidas en más ámbitos de la sociedad. (...) Se sigue siendo ejemplar ante otras organizaciones tanto dentro como fuera de España, por los pocos gastos que hay en administración, la cantidad de voluntarios y el poco personal contratado en relación al volumen de trabajo y a los recursos que manejamos. (...) Fueron unos años estupendos, llenos de experiencias y estoy segura que todos los que los vivimos los recordaremos con gran cariño y como un regalo de Dios».

Consuelo Lobo Ruano (1997 – 2000)

El 9 de septiembre de 1997, Consuelo Lobo, conocida en la casa como «Loti», era elegida nueva presidenta de *Manos Unidas*, sucediendo a Ana de Felipe, después de un proceso marcado por las tensiones internas que luego se describirán. Antes de llegar al voluntariado de *Manos Unidas*, había colaborado en el Cottolengo del P. Alegre, en Algete con enfermas crónicas y había sido profesora de religión en un Colegio Público de San Agustín de Guadalix.

Confiesa que a *Manos Unidas* «me llevó el deseo de contribuir a una causa justa en favor de los más desfavorecidos». Había abandonado el ejercicio de su profesión de geólogo, en una multinacional hispano-canadiense, para ocuparse de sus hijos; cuando tuvo la posibilidad de dedicar parte de su tiempo a hacer algo por la sociedad, decidió entregarlo como voluntaria en esta asociación. En ella ha estado diez años trabajando en «Operación Enlace», de cuyo departamento llegó a ser coordinadora. Y durante el período 1997 – 2000 asumió el cargo de Presidenta del Comité Ejecutivo.

En la primera sesión del Comité Rector en el que ella participó como presidenta del Ejecutivo, se da cuenta de la constitución de un «Consejo de asesores de Educación para el Desarrollo» formado por personas de reconocido prestigio dentro de la Iglesia, cuya tarea va a ser la de ayudar a fijar ideas para las campañas, reflexionando sobre las líneas a seguir, mensajes a transmitir, etc. Durante su mandato, continúa la participación en las campañas de las minas antipersona y de la deuda externa, consiguiéndose un millón de firmas a favor de la condonación de la deuda.

En el ámbito de la sensibilización, uno de sus objetivos fue dar a conocer a la población española la situación de esclavitud en la que se encuentran muchos hermanos del Sur: niños y niñas empleados como mano de obra barata, mujeres obligadas a prostituirse, emigrantes sin reconocimiento legal, niños luchando en guerras, etc. Según su propia apreciación, «en un mundo que pide justicia a gritos —Timor, Chiapas, Guatemala, Congo...— Manos Unidas aporta su trabajo mediante proyectos de desarrollo imaginados desde el Sur, a través de viajes, materiales educativos y campañas específicas como la de la prohibición de las minas antipersona». De cara al gran jubileo del año 2000, esta presidenta tuvo la preocupación de proponer la liberación de los esclavos como un asunto primordial, siguiendo la pauta jubilar del Antiguo Testamento.

Bajo su presidencia se celebró el 40º Aniversario de la puesta en marcha de la Campaña contra el hambre. Con este motivo se organizó, entre otras actividades, un Seminario Internacional «en el que tuvimos la ocasión de encontrarnos con destacadas personas del Norte y del Sur que trabajan por la solidaridad y de reflexionar sobre lo que se ha hecho hasta ahora y las perspectivas de cara al futuro». También en esta conmemoración se realizó la exposición «Una ruta de solidaridad».

A pesar de que el sector público no siguió en la línea de los años anteriores durante el mandato de esta Presidenta, se mantuvo el nivel de ingresos de la Campaña gracias al efecto positivo de múltiples iniciativas, como la preparación de una campaña trienal asesorada por destacadas personalidades eclesiales; la formación de un consejo de empresarios de prestigio «para introducirnos en el mundo de las empresas y aportar nuestra experiencia al campo de la Responsabilidad Social Corporativa»; y todo un esfuerzo de expansión, materializado en los 85.000 socios colaboradores asiduos de *Manos Unidas*, y de imaginación para intentar promover un proyecto de banca ética, junto con otras ONGs.

Dentro de la organización se creó una Vicepresidencia para impulsar las Delegaciones Diocesanas, ya que entre ellas había notables diferencias en cuanto a las iniciativas y vitalidad. Se impulsó el sistema informático de la sede central, creándose una página web, que en 1999 obtuvo un premio por el número de visitas; y los proyectos de desarrollo patrocinados por *Manos Unidas* fueron objeto de una serie de reportajes emitidos por la primera cadena de la televisión pública.

A esta Presidenta le va a corresponder pilotar el proceso de elaboración del nuevo *Estatuto*, que finalmente será aprobado en el año 2000, tras la concesión de dos moratorias y en medio de la fuerte borrasca que entonces azotó a la asociación. No fue un proceso fácil. Ella recuerda que «la redacción de unos nuevos Estatutos fue el proceso que implicó un mayor desgaste en la relación con la Conferencia Episcopal». Las discrepancias se polarizaron en torno a la concesión o no a los contratados de capacidad para acceder a cargos directivos de *Manos Unidas*. Pero esto sólo era la resaca visible de una marea más honda. La intervención de la Conferencia Episcopal, zanjando la cuestión en el sentido de que los contratados no podían acceder a responsabilidades directivas, fue interpretado como una modificación inadmisibles del texto estatutario tal como había sido aprobado por la Asamblea de la asociación. Sentimientos de dolor, perplejidad y fracaso afectaron duramente a muchos miembros de *Manos Unidas*. Y esta Presidenta, junto con todo el Comité Ejecutivo y un importante bloque de voluntarios y contratados, presentaron su dimisión.

El recordar los penosos acontecimientos de esos meses, aún con la serenidad que proporciona la distancia y el tiempo transcurrido, lleva al cronista a respetar el dolor soportado por esta Presidenta y por tantas otras personas que, a favor o en contra de las tesis entonces dominantes en la organización, venían entregando lo mejor de sí mismas al servicio del Tercer Mundo.

Ana Álvarez de Lara (2000 – 2006)

Esta madrileña nacida en Santander se educó en el Colegio de la Asunción, al igual que otras tres presidentas de *Manos Unidas*: Maribel de Felipe, su hermana Ana y Begoña de Burgos. No cabe duda alguna de que las semillas de un voluntariado misionero y generoso han sido muy fecundas en este Colegio. Es licenciada en Historia del Arte, está casada y es madre de tres hijos.

La familia ha sido el centro de su vida y actividad. Destaca su colaboración, muy intensa, en los grupos de padres del colegio de sus hijas y en el voluntariado de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Sin embargo, en 1995 conoció *Manos Unidas*, siendo Ana de Felipe presidenta del Comité Ejecutivo, y le entusiasmó el proyecto de esta organización; allí descubrió su vocación orientada a los más desfavorecidos. Desde entonces, lleva trece años en la casa, de los cuales, seis como

presidenta. Ella ha sido propiamente la primera «Presidenta» de *Manos Unidas* —todas las anteriores lo habían sido del Comité Ejecutivo—, en virtud de una modificación de la estructura organizativa sancionada en el *Estatuto* de 2000, que hizo desaparecer el Comité Rector como órgano supremo de la asociación, otorgando a una Presidenta elegida por la Asamblea General las funciones de representación máxima de la asociación y de presidencia de sus órganos de gobierno.

En *Manos Unidas* empezó trabajando con el que ella califica como un gran equipo, en el Departamento que gestionaba la «Operación Enlace», pasando luego a gestionar solicitudes a los organismos públicos para financiar proyectos. Después, con Consuelo Lobo como presidenta del Comité Ejecutivo, se encargó del Departamento de Delegaciones, fue miembro del Comité Rector durante casi un año y colaboró en el Departamento de proyectos de África, como responsable, primero de Madagascar y más tarde de Mozambique.

La aprobación del nuevo *Estatuto*, en el año 2000, provocó la dimisión de Consuelo Lobo. El 27 de julio de ese mismo año, en una Asamblea extraordinaria forzada por las circunstancias, Ana fue elegida presidenta en medio de un clima crispado y problemático. A su buen hacer se debe, sin duda alguna, que la asociación haya remontado las dificultades de una situación que llegó a ser crítica. Tres años después de haber empuñado el timón con un mar más que agitado, fue elegida para un nuevo mandato en un clima sereno y de franca recuperación. Durante este segundo mandato, el número de socios y la recaudación experimentaron de nuevo un apreciable incremento.

Al hacer frente a la situación originada por la crisis vivida durante los tres o cuatro años anteriores, esta presidenta consideró que lo más importante era ponerse a trabajar duro en los objetivos de *Manos Unidas*, dejando de gastar tiempo y energías en estériles debates internos. Su mandato puede calificarse como un tiempo en el que se recuperó la confianza en los principios que inspiraron la gran obra de *Manos Unidas*, se consolidó su identidad como asociación pública de fieles y se renovó el compromiso cristiano por la construcción de un mundo más justo y humano para todos los hijos de Dios. Internamente se superó la confrontación entre voluntarios y contratados, que había estado abierta en los momentos críticos, y se clarificó la pertenencia y colaboración con una obra netamente eclesial.

Durante el tiempo de su mandato se actualizó la organización mediante el desarrollo con rango de área de los departamentos de ‘Delegaciones’, ‘Planificación’ y ‘Comunicación y presencia pública’, tal como lo venían siendo ‘Proyectos’, ‘Educación para el Desarrollo’ y ‘Economía’. Para llevar a cabo una tarea que seguía creciendo se incorporó a voluntarios muy cualificados en todos estos trabajos. *Manos Unidas* siguió presente en la sociedad a través de los medios de comunicación; instituyó un Foro Internacional con la participación de personas relevantes en el mundo de la cooperación, tanto de la Iglesia como de la Universidad y de las contrapartes del Sur; y entró a formar parte del Consejo de Cooperación del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Como presidenta de *Manos Unidas*, ha sido miembro del Pontificio Consejo «Cor Unum» y de la Comisión de quejas y deontología de la Federación de la Prensa Española. Bajo su mandato, la asociación constituyó, junto con los Padres Blancos y Cáritas Española «Fundación Sur», cuyos fines son la sensibilización de la sociedad española sobre la situación del continente africano principalmente.

A Ana Álvarez de Lara le ha correspondido conducir la nave de *Manos Unidas* entre los arrecifes de la crisis y las aguas revueltas de la puesta en práctica de un nuevo

estatuto que comportaba un cambio substancial en la estructura de la organización. Y lo ha hecho con sabiduría y entrega. No era fácil aceptar el cargo en aquellas circunstancias. El sentido de la responsabilidad y el espíritu de servicio hacia la que Ana identifica cariñosamente como «mi Iglesia» son los motivos que le impulsaron a asumir la presidencia «en un momento en el que a nadie le apetecía semejante encargo». Con diáfana sencillez reconoce que «fue como lanzarse al mar para salvar a alguien muy querido que estaba en serias dificultades». Y el Señor premió su arrojo con la paz en su corazón y en el de *Manos Unidas*. Concluido su mandato, la Santa Sede, le reconoció el esfuerzo realizado nombrándola Dama de la Orden de San Gregorio Magno.

Begoña de Burgos López (2006 –)

Begoña de Burgos es malagueña, arquitecto y especialista en urbanismo, y accedió a la presidencia de *Manos Unidas* en el mismo mes y año en que cumplía los cincuenta y seis años de edad. Su vida, transcurrida en Madrid desde la infancia, se reparte entre los estudios, el ejercicio de la profesión y la familia. En 1997 decidió dar prioridad a la familia (está casada y es madre de cuatro hijos) y abandonó el ejercicio profesional de la arquitectura. Desde 1989 venía colaborando como catequista en el Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo cuando sus hijos eran pequeños, después como monitora de trabajo social con estudiantes de B.U.P. y como voluntaria en el Albergue Santa María de la Paz. En el año 2002 se incorporó a *Manos Unidas* en la Delegación de Madrid y trabajó en el Departamento de Comunicación, colaborando también en el de herencias y en «Operación Enlace»; en octubre de 2003 aceptó la responsabilidad de la Secretaría de la organización, en los Servicios Centrales; en octubre de 2004 asumió la coordinación del área de ‘Comunicación y Presencia pública’, que simultaneó con la Secretaría; por fin, en mayo de 2006 la Asamblea General la elige Presidenta de la asociación. Al año escaso de asumir la presidencia, es nombrada miembro del Consejo Pontificio «Cor Unum», con lo que la Santa Sede ha manifestado una vez más su aprecio y positiva valoración hacia *Manos Unidas*.

En el origen de la vocación que la trae hasta *Manos Unidas*, Begoña reconoce que está el espíritu misionero que se vivía con mucha intensidad en el Colegio de la Asunción donde ella estudió. Junto al talante misionero implícito en la tarea de *Manos Unidas*, confiesa que los otros dos rasgos que la atrajeron fueron su origen femenino («mi trabajo profesional —advierde— se había desarrollado en un mundo masculino») y su directa relación con la Iglesia: *Manos Unidas* —recuerda— «es la forma Mariana que tiene la Iglesia de hacer el servicio de la caridad». Desde entonces no ha podido decir «no» a nada de lo que le han pedido, porque está convencida de que «el voluntariado, como compromiso cristiano, debe ser la escuela del “sí”». Un «sí» que es más fácil «por las personas que aquí y ahora hacen posible el trabajo y la realidad de la asociación: su calidad humana, la fe en su trabajo, la dedicación para que esté bien hecho, la alegría compartida cuando las cosas salen bien y la fuerza que nos anima cuando existen dificultades». Su actual responsabilidad —nos dice— no sería posible sin ese numeroso grupo de personas con las que trabaja codo con codo cada día; y, aunque esta responsabilidad lleve aparejados desvelos, preocupaciones y sufrimientos, junto con las alegrías, está convencida de que es «un enorme don de Dios».

Considera que es demasiado pronto para hablar de realizaciones, pero tiene claro cuáles son sus tareas prioritarias. Ante todo, el trabajo de la Campaña en su doble vertiente de llevar a puerto los proyectos de desarrollo y de seguir educando esa nueva conciencia de solidaridad en la sociedad; y la puesta en marcha, con la valiosa e

imprescindible colaboración de las Delegaciones Diocesanas, del Plan Estratégico 2007–2011. Junto a estos objetivos básicos, las dos metas inmediatas que más le ilusionan son: preparar un espacio en la casa para albergar un sencillo *oratorio* donde esté permanentemente el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, con el fin de que «su presencia se sienta como Aquél por el que *Manos Unidas* hace lo que hace y lo hace como lo hace, compartiendo con Él dificultades y alegrías»; y la preparación y celebración del 50º Aniversario, que sueña con que sea una fiesta de reencuentro con cuantos han dedicado su persona a este trabajo. Además, en su carpeta de proyectos encontramos el objetivo de profundizar la identidad eclesial de *Manos Unidas* como asociación pública de fieles y proyectar su acción a través de los medios de comunicación; elaborar e impulsar un plan de formación integral que contemple tanto la dimensión espiritual como los aspectos técnicos de todos cuantos trabajan en la asociación; acompañar su quehacer con las nuevas orientaciones de la Cooperación y Educación para el desarrollo; y potenciar la presencia en la Universidad y entre los jóvenes.

Cuando se estaban terminando de redactar estas páginas, una llamada de Begoña anunció a este cronista que el oratorio ya estaba dispuesto para ser bendecido. Siempre que Begoña habla del oratorio, se le ilumina la cara, como si estuviera dando cumplimiento a un testamento. No puede ni quiere olvidar que éste fue un sueño que Don José María Conget no llegó a ver realizado mientras fue presidente del Comité Rector y ahora, por fin, «vamos a tener el oratorio que él soñó».

Junto a estas mujeres beneméritas, hay que recordar a los Presidentes del Comité Rector. No sería justo silenciarlos. Han sido Obispos vinculados de un modo u otro al apostolado seglar, normalmente los Obispos–Consiliarios de la Acción Católica que formaban parte de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar (C.E.A.S.). *Manos Unidas* quiso ser desde el principio una respuesta al hambre de pan, de cultura y de Dios, que recibía su fuerza de la vocación apostólica y misionera de sus miembros. Nació del seno fecundo de los movimientos apostólicos. Es, pues, natural su vinculación con las estructuras eclesiales del apostolado seglar.

A estos Obispos–Presidentes del Comité Rector les cabe la dicha de haber tomado parte en los duros trabajos de la lucha evangélica contra el hambre junto a esas singulares mujeres de las que hemos hecho memoria y a los demás voluntarios y trabajadores que las han secundado. Codo con codo, en una admirable actitud de cooperación, han participado de la responsabilidad, la iniciativa y los sufrimientos que estos cincuenta años han deparado, pero también del gozo que hay en compartir y en ver crecer la criatura. Y como buenos pastores del pueblo de Dios, han procurado, además, acompañar la no siempre fácil andadura de los muchos laicos cristianos que han protagonizado la aventura de esta guerra contra el hambre.

Mons. José Guerra Campos (1966 – 1972)

En las actas no hay rastro de otro Obispo–Presidente del Comité Rector anterior a Mons. Guerra Campos. A él lo encontramos en 1966, cuando toma el timón del

Comité Ejecutivo M^a Dolores Gibert. Don José accedió al episcopado cuando tenía cuarenta y cuatro años; fue, por lo tanto, uno de los obispos más jóvenes de España. Llevaba dos años de Obispo Auxiliar de Madrid, cuando se hizo cargo del Comité Rector de *Manos Unidas*, en calidad de Consiliario de la Junta Nacional de Acción Católica.

Su trayectoria en la diócesis de Santiago de Compostela, de la que era oriundo, estuvo unida a la enseñanza y apostolado universitario. Era licenciado en Teología, por la Universidad Gregoriana de Roma. Al acceder al episcopado participó en el Concilio Vaticano II (antes había sido consultor de los Obispos españoles en el Concilio), fue elegido Secretario General de la Conferencia Episcopal y posteriormente miembro del Secretariado Pontificio para los No Creyentes y representante del Episcopado Español en el primer Sínodo general de Obispos (1967). Era, además, un estudioso con abundante producción bibliográfica, entre la que cabe destacar obras como *Introducción al pensamiento marxista* (Guadarrama, Madrid, 1961); *Marxismo y hombre cristiano* (Cristiandad, Madrid, 1966); y *El Concilio visto por los peritos españoles* (Euroamérica, Madrid, 1965). En 1972 cesa como Obispo-Consiliario de la Acción Católica y, en consecuencia, también como Presidente del Comité Rector de *Manos Unidas*. Poco después fue nombrado Obispo de Cuenca, donde ha permanecido hasta su muerte en 1996.

Las actas testifican su constancia en el trabajo del Comité Rector, sus clarificadoras intervenciones cuando las cuestiones debatidas se hacían arduas y complejas, y su talante siempre agradecido hacia quienes participaban en las sesiones. Entre las muchas acciones promovidas en estos primeros años de andadura de la Campaña, merecen ser recordadas algunas, en las que el consejo y apoyo de Don José fue de gran ayuda. En estos años se elaboró y aprobó el primer instrumento jurídico que tuvo la organización, el Reglamento del Comité Rector de la Campaña; se fijaron criterios respecto a la amortización de los llamados objetivos internos de la Campaña; se puso en marcha el grupo «Amigos de la Campaña»; se respondió afirmativamente a la invitación de entrar a formar parte del Comité Nacional de Campañas contra el hambre; se dio salida a la petición de las Delegaciones de Cataluña y País Vasco de hacer parte de la propaganda en lenguas vernáculas; se fijó la fecha de la colecta en el segundo domingo de febrero, gracias al espontáneo ofrecimiento de la OCSHA, que utilizaba dicha fecha; y se organizó en Toledo, no sin serias dificultades, la edición española de la Marcha Mundial de Solidaridad hacia el Tercer Mundo.

En la sesión del 9 de noviembre de 1972, cuando fue presentado el nuevo Presidente, el Comité Rector hizo constar en acta su «agradecimiento al Obispo saliente, Mons. Guerra Campos, que tanto ayudó a la Campaña contra el hambre sin interferirse nunca en el trabajo de la misma». Es tal vez el mejor elogio de su paso por la casa.

Mons. Rafael Torija de la Fuente (1972 – 1977)

Siete años más joven que el anterior, Mons. Torija también llegó pronto al episcopado. Cuando fue nombrado Obispo Auxiliar de Santander, en el año 1969, tenía cuarenta y dos años. Dos años después asume el cargo de Obispo-Consiliario de la Acción Católica Española, desde el que accede a la presidencia del Comité Rector de *Manos Unidas*. Contaba con sendas licenciaturas en Ciencias Sociales y en Teología, ambas por la Universidad Gregoriana de Roma, y los encargos pastorales que había

recibido en Toledo, su diócesis de origen, pasaban por la pastoral parroquial, las consiliarias de la HOAC y de la JOC, la enseñanza y la Vicaría General de Pastoral.

En la Conferencia Episcopal Española, fue Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar (1981-1984), además de miembro de dicha Comisión y de la del Clero. En 1976 fue nombrado Obispo de Ciudad Real, diócesis que ha regido hasta el año 2003, en el que la Santa Sede aceptó su renuncia a la Diócesis Prioral por haber alcanzado los setenta y cinco años de edad, quedando como Obispo emérito de la misma.

Cinco años estuvo Don Rafael al frente del Comité Rector. La lectura de las actas de esos años deja entrever que, por una parte, la Campaña se consolidaba a ojos vista, pero por otra no estaba al margen del agitado clima social de esos años. Hacia fuera no faltaron las tensiones relatadas en otros lugares de este libro; y hacia el interior de la estructura eclesial, continuaron las desavenencias a cuenta de la fecha de la colecta y de una deseable pero difícil ordenación racional de estas colectas, que, al tener fecha fija para todas las Diócesis e ir aumentando progresivamente, suscitaban conflictos prácticos difíciles de resolver. El Comité Rector presidido por Don Rafael tuvo que valorar las repercusiones que tendría el convocar una nueva Marcha de Solidaridad, después de la realizada en Toledo; debió sopesar la conveniencia de traer a Mons. Helder Cámara para el lanzamiento de una de las Campañas; y hubo de enfrentarse con quienes utilizaban la recaudación como instrumento de protesta contra la intervención de un conferenciante que no les gustaba o la aprobación de algún objetivo que no veían con buenos ojos.

En estos años se empezó a gestar la adopción de un nombre propio, menos genérico que el de Campaña contra el hambre. También se promovió la celebración del Vía Crucis en la plaza Mayor de Madrid con ocasión del Día del Ayuno Voluntario. Y empezó a aflorar la preocupación de buscar nuevo alojamiento ante el anuncio de no poder seguir manteniendo los despachos en la Casa de la Iglesia.

Cinco años intensos, dentro de los cuales M^a Dolores Gibert dejará el timón en manos de Pilar Villar. La intensa actividad de la primera va a desembocar en la capacidad organizadora de la segunda bajo la atenta y cálida mirada de Don Rafael, que la acompañará durante los dos primeros años de su mandato.

Mons. Felipe Fernández García (1978 – 1983)

Cuando Don Felipe fue nombrado Obispo de Ávila, en 1976, había cumplido cuarenta y un años de edad y traía a sus espaldas experiencia de pastor en los ámbitos de la parroquia, de los Movimientos de Acción Católica, de la enseñanza de la pastoral, la sociología y la Doctrina Social de la Iglesia en el Seminario de Plasencia, su diócesis de origen, y de la Vicaría de Pastoral en esa misma diócesis. Además había ejercido de secretario de redacción de una revista —«Pastoral Misionera»— que fue un referente para la aplicación pastoral del Concilio Vaticano II en la Iglesia española; y estaba en posesión de una licenciatura en Teología, por la Universidad Pontificia de Salamanca, y otra en Ciencias Sociales, por la Universidad Gregoriana de Roma. Dos años después de su ordenación episcopal pasó a presidir el Comité Rector de *Manos Unidas*, en calidad de Obispo–Consiliario de la Acción Católica. En 1991 fue trasladado a la sede episcopal de Tenerife, donde permaneció hasta que le fue aceptada, en el año 2005, la renuncia que había presentado por razones de salud.

Durante su presidencia, con el inestimable trabajo primero de Pilar Villar y luego de Isabel de Felipe en el Comité Ejecutivo, la Campaña pasó a llamarse *Manos Unidas* y adquirió personalidad jurídica independiente, tanto en el ámbito canónico como en el civil. El Comité que presidió Don Felipe muy pronto tuvo que hacer frente a dos preocupaciones, que no por tratar de asuntos materiales tenían menor importancia: la búsqueda de alojamiento y el coste de la publicidad. Al tener que dejar las instalaciones de la Casa de la Iglesia era urgente encontrar un espacio adecuado al actual volumen de la Campaña, que terminaría alquilando un piso de la madrileña calle de Alcalá. La supresión de los spots gratuitos, que venía emitiendo Televisión Española, obligará a incrementar los gastos de propaganda, pero las cifras que proponían los parámetros publicitarios vigentes parecían desorbitadas, dada la finalidad y medios con los que actuaba la Campaña, lo cual proporcionó no pocas cavilaciones.

Pero a este Comité también le cupo la satisfacción de llevar a puerto el primer Estatuto de *Manos Unidas*, aprobado por la Conferencia Episcopal Española en 1981. Los concursos periodísticos con ocasión de la Campaña fueron cobrando importancia, de manera que el de 1980 estuvo patrocinado por la Asociación de la Prensa y las Cajas de Ahorros, y la entrega de premios fue presidida por Luis M^a Ansón. El novedoso Servicio Educativo ofreció, en 1981, un audiovisual con siete realizaciones de *Manos Unidas*, que se hizo llegar a todos los colegios. Y se creó, con general satisfacción, un equipo para el estudio y asesoramiento de los proyectos de desarrollo, integrado por expertos que intervenían en calidad de voluntarios. Por fin, es durante la presidencia de Don Felipe cuando se abordó con mayor decisión la inserción de los jóvenes en la Campaña, estudiándose en una sesión monográfica el modo de llevarla a cabo sin que constituyeran una estructura paralela.

Durante los cinco años de permanencia de Don Felipe en el Comité Rector hubo que preparar la celebración del XXV aniversario del inicio de la Campaña, el que sería presidido por S. M. la Reina, Doña Sofía. Al ser elegido Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, en el año 1984, pasó el testigo a su sucesor como Obispo–Consiliario de la Acción Católica, Mons. Oliver. De algún modo puede decirse que todo se quedaba en casa.

Mons. Victorio Oliver Domingo (1984 – 1990)

Don Victorio llevaba doce años de Obispo cuando llegó al Comité Rector de *Manos Unidas*. Había recibido la ordenación episcopal en 1972 como Obispo Auxiliar del cardenal Tarancón, en Madrid, en una época nada fácil como muchos recordarán. Después volvería a Aragón (era oriundo de la diócesis de Teruel y Albarracín) como Obispo de Tarazona (1976) y completaría su periplo episcopal en las sedes de Albacete (1981) y Orihuela–Alicante (1996) hasta que en el año 2005 le fue aceptada la renuncia por motivos de edad. En 1984, cuando la C.E.A.S. le encomienda la consiliaría general de la Acción Católica, accede a la presidencia del Comité Rector, en la que permaneció seis años, hasta que, en 1990, fue elegido presidente de la mencionada Comisión Episcopal.

Había estudiado en la Universidad Pontificia de Comillas, donde obtuvo sendas licenciaturas, en Filosofía y en Teología, y en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma, donde se licenció en Sagrada Escritura. En su Diócesis de origen había sido superior, profesor y prefecto de estudios del Seminario, canónigo lectoral, consiliario diocesano de Hombres y Mujeres de Acción Católica y Delegado Diocesano de Vocaciones.

Inició su trabajo en el Comité Rector con Isabel de Felipe como presidenta del Comité Ejecutivo, pero cuatro meses más tarde ésta cesó a petición propia, después de que su propuesta para desdoblarse las funciones de la presidencia con las de un gerente, que asumiría algunas de carácter administrativo y coordinación, no encontrara eco en su Comité Ejecutivo. Así que lo continuó con Carmen de Miguel, elegida para sustituirla.

Paradójicamente, uno de los temas que quitó el sueño a aquel Comité Rector fue el encontrar un medio legal y ágil para transferir el dinero al extranjero para financiar los proyectos de desarrollo que habían sido aprobados. Por si no fueran pocos los esfuerzos para recaudar el dinero, aquel Comité se encontraba con la dificultad añadida por las cortapisas legales para hacerlo llegar cuanto antes a su destino. Las cofinanciaciones, impulsadas a partir del ingreso de España en la Unión Europea, fueron también objeto de atención preponderante en este período.

Para resolver problemas que emergían en las Delegaciones y en el día a día de la Campaña, el Comité Rector entendió que debía desarrollar el Estatuto vigente con un Reglamento de régimen interior, cuyo estudio dio origen a la aprobación de un *Manual* de la Delegada y unas *Aclaraciones* a determinados artículos estatutarios. Sin embargo, la actividad estatutaria fue más allá de los mencionados instrumentos, ya que pronto hubo que aplicarse al estudio y redacción del estatuto que será aprobado en 1993.

Bajo la presidencia de Don Victorio se produjo la adhesión definitiva de *Manos Unidas* a la Coordinadora de ONGs para el Desarrollo, de la que había sido impulsora desde el primer momento, y se recibieron insistentes invitaciones del CIDSE para que se adhiriese también a este organismo internacional, adhesión que se culminaría en el mandato siguiente.

Y en medio de tan intensa actividad, al Comité presidido por Don Victorio le cupo la satisfacción de ver que la recaudación de la Campaña alcanzaba los dos millones de pesetas. Con tal motivo se tomó el acuerdo de que el Obispo-Presidente escribiera a los Obispos españoles dándoles la noticia y presentándoles el *Manual de la Delegada* y las *Aclaraciones* antes mencionadas. Esto ocurría en 1987; aún transcurrirían tres años más de trabajo diario en el que Don Victorio puso lo mejor de su bondad y sabiduría para acompañar el trabajo de las responsables de *Manos Unidas*.

Mons. José María Conget Arizaleta (1991 – 1999)

Hasta que fue nombrado Obispo de Jaca, en el año 1990, Don José María se había movido —y podría decirse que como el pez en el agua— en los ámbitos del apostolado seglar. Inició el ministerio sacerdotal como coadjutor en una parroquia de Estella, pero pronto fue nombrado director de la Casa de Ejercicios de El Puy. Después, consiliario diocesano de las Jóvenes de Acción Católica de Pamplona y, en 1963, Consiliario Nacional de la JICF, de manera que le tocó acompañar y soportar los sufrimientos que comportó la crisis de la Acción Católica. Cuando regresó a su diócesis, fue Delegado Diocesano de Apostolado Seglar, Vicario de Pastoral y párroco de San Fermín y de San Miguel, en Pamplona. Sirviendo a esta última parroquia recibió el nombramiento de Obispo de Jaca, cuando llevaba treinta y nueve años de cura y sesenta y cuatro de vida.

Era licenciado en Teología por la Universidad de Comillas, aunque lo más apreciable de su persona era su capacidad de acompañar el itinerario espiritual de cuantos se acercaban a él. Con un sentido particularmente pedagógico y diáfano para la

comunicación del mensaje evangélico, fue muy querido por los militantes de los movimientos apostólicos, por sus feligreses, por sus diocesanos del Alto Aragón y por todos cuantos le trataron. Su muerte, en 2001, ha sido muy llorada.

Don José María, se incorporó a la Comisión de Apostolado Seglar cuando accedió al episcopado y se le encomendó la consiliaría de la Acción Católica. Desde este cargo sustituyó a Don Victorio Oliver al frente del Comité Rector de *Manos Unidas*, cuando éste fue elegido presidente de la referida Comisión Episcopal. Pocos meses antes, Ana de Felipe había sido elegida presidenta del Comité Ejecutivo. Concluyó su servicio a *Manos Unidas* en 1999. Tal como se relata en otro lugar, éstos fueron años brillantes y también agitados. *Manos Unidas* alcanzó un gran prestigio y unas espléndidas realizaciones, pero también se vivieron situaciones enrarecidas y penosos acontecimientos que hicieron sufrir no poco a Don José María.

Dos asuntos en particular fueron la cruz de este buen obispo: la negativa de la asociación a asumir la financiación de algunos proyectos calificados de «pastorales» y la crispación que se produjo en torno a la elección de la presidenta que reglamentariamente debía sustituir a Ana de Felipe. Más adelante se hablará de todo ello con detalle. Aquí solamente cabe recoger, como un homenaje de justicia y gratitud, el sentir de muchos miembros de *Manos Unidas* hacia Don José María, por lo que sufrió al frente de Comité Rector, sobre todo en el proceso de elección de la nueva presidenta. Baste un dato que ahorra otras constataciones: en mayo de 1997, Don José María habló a la Asamblea de Delegadas que debía elegir la nueva presidenta; el clima estaba enrarecido, casi podría decirse crispado y polarizado en posiciones contrapuestas; él quiso hablar, como siempre lo hacía, con el corazón en la mano, intentando clarificar la situación y poner serenidad, pero fracasó: «Tuve la sensación de que no me creían», dijo amargamente después de los acontecimientos.

La elección realizada por aquella Asamblea fue impugnada y la situación desembocó en una nueva Asamblea, en septiembre del mismo año, que por fin eligió a Consuelo Lobo. En las Jornadas de Delegadas que se celebraron al mes siguiente, Don José María se confesó ante las Delegadas y anunció que sentía la obligación de dejar su responsabilidad en *Manos Unidas*. «Después de todos los hechos de esta primavera y verano —les dijo—, yo me he sentido muy mal. Y, aunque no me queda ninguna acidez contra nadie, he pedido a mis hermanos de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar que me releven de este trabajo». No sería justo dejar en el silencio de la discreción los motivos que le impulsaron a ausentarse, ya que desvelan la finura espiritual y apostólica de este buen pastor; por eso transcribimos textualmente sus palabras, pronunciadas en la Eucaristía en la que anunció su decisión:

«Si me preguntáis la razón de mi marcha, os lo quiero decir con palabras que no hieran a nadie. En la Asamblea de Manos Unidas siempre me he sentido como pastor y amigo, ni siquiera como presidente del Comité Rector. El pastor en el modelo evangélico busca una corriente de comunión, de sintonía.

Yo siento que en este momento he perdido esta confianza. Me he sentido objeto de sospecha como obispo y como José M^a Conget. Y cuando eso lo sentí con fuerza empezó a rondarme la idea de que lo tenía que dejar. Que si la Iglesia es misterio de comunión, yo no era el pastor para este momento. Lo he rezado y lo he consultado y he querido ser “barro en manos del alfarero”.

Por eso me voy en paz, sin querer que mi actitud juzgue a nadie y para eso mi petición de comprensión. Mis razones son mis razones. Pero también os pido misericordia: que me perdonéis todo lo que yo, desde mi verdad, os he

podido hacer sufrir. Por eso he querido hacer mi despedida en el clima de la Eucaristía, que todo lo convierte en acción de gracias. Y es mi deseo que, respetando mi decisión, me dejéis irme tranquilo, sin suscitar ningún comentario.

Y no os extrañe que estas cosas pasen en la Iglesia. Está hecha por hombres y mujeres que llevamos nuestra carga. Ha habido en muchas personas, o en todas, mucho dolor. Habrá que restañar muchas heridas y buscar en todo la comunión. Es la mejor tarea y el mejor servicio que yo le pido a Loti, a quien el Señor bendecirá por su buena voluntad».

El relevo no se efectuó oficialmente hasta el año 1999, cuando el Comité Rector, en la sesión que tuvo lugar el 21 de abril, se despidió de Don José María, sustituido por Don Juan José Omella, el amigo y el báculo en el que se apoyó durante sus últimos meses al frente del Comité Rector. Así de dura fue la última etapa de este buen obispo en *Manos Unidas*, a la que sin embargo llevó tan dentro del corazón que en su testamento espiritual, cuando dice cómo quiere que sea su funeral, escribe: «... y que la colecta de la Misa, con permiso del Cabildo, se destine íntegra a algún proyecto de *Manos Unidas*, en misiones. Que me lo perdonen los donantes, “la caridad cubre la multitud de pecados”, dice el Señor.»

Mons. Juan José Omella Omella (1999 – ...)

A los cincuenta años de edad, Don Juan José Omella, aragonés del Bajo Aragón, fue nombrado Obispo Auxiliar del entonces Arzobispo de Zaragoza, Don Elías Yanes. Cumplía ya veintiséis años de ministerio sacerdotal, como párroco y Vicario Episcopal, en la diócesis de Zaragoza. Había pasado por el teologado de los Padres Blancos en Lovaina (Bélgica) y en el Zaire vivió los primeros pasos de una vocación misionera hacia la que se sentía llamado y que, sin embargo, la salud le obligó a canjear por el callado servicio de cura rural.

Cuando llevaba tres años de Obispo Auxiliar de Zaragoza, pasó a ocupar la sede altoaragonesa de Barbastro-Monzón. Para entonces ya había sustituido a Don José M^a Conget al frente del Comité Rector de *Manos Unidas* y pronto se convertiría en su primer Obispo-Consiliario, conforme a la nueva configuración de la asociación sancionada por el *Estatuto* del 2000. En el mes de mayo de 1999 se había presentado ante la Asamblea de Delegadas como nuevo Obispo de *Manos Unidas* por decisión del Episcopado español, tomada en su reciente Asamblea Plenaria. En esta su primera intervención, ratificó su estima por la asociación: «Creo en *Manos Unidas* —dijo con la rotundidad que le caracteriza—. Detrás de sus siglas hay cientos de personas con mucha ilusión y generosidad, gastando su vida al servicio de los más desprotegidos del Tercer Mundo. Y, al decir esto, pienso tanto en los voluntarios como en los contratados».

Tal vez no alcanzaba entonces a sospechar que una nueva confrontación —ésta a propósito del lugar que el *Estatuto* del 2000 señalará a los contratados en la organización— pronto le iba a producir no pocos quebraderos de cabeza. En la misma intervención advirtió, después de constatar el desarrollo experimentado por *Manos Unidas*, que «el niño ha crecido, pero hay que procurar que el cambio de traje, al adaptarle a los tiempos modernos, no le cambie la personalidad».

Fueron éstas últimas palabras premonitorias de la dura batalla que tendría que librar para mantener a *Manos Unidas* fiel a su identidad fundacional, sin disminuir su

presencia y prestigio tanto en la Iglesia como en la sociedad, y su eficaz línea de trabajo en favor del Tercer Mundo. Como luego se dirá, la aprobación del referido *Estatuto* originó lo que bien podría calificarse de maremoto en el seno de la organización. El todavía presidente del Comité Rector hubo de tomar el timón, tras un racimo de dimisiones encadenadas y encabezadas por los cargos más significativos del Comité Ejecutivo, que hubieran llevado a la asociación a un callejón sin salida, de no contar con la profunda solidez e identidad que ésta manifestó en aquellas circunstancias. Ahora, cuando la calma tras la tormenta permite recordar serenamente lo ocurrido, no se puede menos de admirar el pulso firme de Don Juan José y su capacidad para encajar la reciedumbre de aquellos momentos, sin dejarse llevar por encontrados y enconados sentimientos. Y junto a él, no sería justo ignorar a cuantos le secundaron haciendo posible que la crisis fuera afrontada y superada.

Actualmente, en virtud del *Estatuto* aprobado en el año 2000, es nada más y nada menos que el Obispo-Consiliario, que acompaña, con sabiduría y cordial cercanía, el trabajo siempre en auge de *Manos Unidas*.